

LAS ABSTRACCIONES, ENTRE LA IDEOLOGÍA Y LA CIENCIA

JOÃO QUARTIM DE MORAES

Universidad Estadual de Campinas, Brasil

Abstract

The opening of Marx's "Method of the political economy" (1857) offers a paradoxical argument: "It would seem to be the proper thing to start with the real and concrete elements, (...) to start in the sphere of economy with population (...) however, that this is wrong." Shall we then start with the ideal and abstract? Althusser's answer to this question has been to distinguish three kinds of concepts, according to their function in the "theoretical practice" (raw material, instruments and scientific product). We will evaluate Althusser solution (a) as a way of elucidating the paradox, and (b) as a way of clarify the complex relationships between ideology and science.

Keywords

<Ideology> <Science> <Method>

Resumen

Es paradójal el argumento que abre el "Método de la economía política" (1857): "parece cierto comenzar por lo real y lo concreto (...) en economía, por la población (...) Pero (...) eso se revela falso", porque tendríamos "inicialmente una representación caótica del todo". Deberíamos entonces comenzar por el ideal y el abstracto? La respuesta de Althusser ha consistido en distinguir tres tipos de conceptos, según su función en la "práctica teórica" (materia prima, instrumentos y producto científico). Examinamos en qué medida esta solución es pertinente para (a) elucidar la paradoja, y (b) deslindar las complejas relaciones entre ideología y ciencia.

Palabras clave

<Ideología> <Ciencia> <Método>



I. Representaciones caóticas

Pocos son los textos de Marx que ocupan posición tan singular en su obra como “El método de la economía política”, el tercero de los cuatro tópicos de la “Introducción a la crítica de la economía política” (Einleitung zur kritik der politischen ökonomie), conocido más simplemente por *La introducción de 1857*, el más notable, al lado del estudio sobre las “Formas que han precedido a la producción capitalista”, de los escritos incluidos en los *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, manuscritos económicos compuestos por Marx en Londres durante el periodo 1857-1858 y publicados por primera vez en Moscú en 1939.

Por tratarse de un borrador que él no tenía la intención de publicar, su preocupación era anotar ideas, esquematizar argumentos, comentar y criticar doctrinas en vista de la preparación de su obra mayor. La composición literaria *stricto sensu* y la retórica en su sentido positivo (el arte de la argumentación) quedaron en segundo plano: un borrador es un borrador.

Este preámbulo quizás ayude a comprender el carácter aparentemente paradójico del argumento que abre el texto:

Quando se considera la economía política de un país determinado, empezamos por su población, su división en clases, distribuidos por la ciudad, el campo y el mar; las diversas ramas de la producción, las exportaciones e importaciones, la producción anual y consumo anual, los precios de los bienes, etc. Es que parece cierto comenzar por lo real y por lo concreto, por la presuposición efectiva (der wirklichen Voraussetzung). Así en economía, por ejemplo, por la población, fundamento y sujeto (die Grundlage und das Subjekt) del acto entero de la producción social (des ganzen gesellschaftlichen Produktionsakts). Pero a una consideración más precisa, eso se revela falso. La población, por ejemplo, si se omiten las clases que la constituyen, es una abstracción (Marx, 1969: 631).

En muchos lectores atentos, entre los cuales nos incluimos, la afirmación de que es falso comenzar por lo real y por lo concreto provoca un efecto inicial de perplejidad. ¿Deberíamos comenzar por lo ideal y lo abstracto? No es eso exactamente lo que dice Marx, sino que “si comenzáramos por la población, habría inicialmente una representación (*Vorstellung*) caótica del todo”. La población de un país determinado es un hecho real y concreto, pero *en cuánto representación* ella es una noción caótica.

El hecho de que, en su primera ocurrencia en el texto, *representación* venga asociada al caos ("*eine chaotische Vorstellung*") y asimilada a "una abstracción" merece un comentario. Todo sustantivo común es un universal, y en cuanto tal, el resultado necesariamente abstracto de una generalización operada en la práctica colectiva. Transpuesto del lenguaje corriente al discurso teórico, el sustantivo suele mantener su significado básico. Así, tanto en la economía política cuanto en la biología, por *población* se entiende una colectividad compuesta de individuos viviendo en una área determinada. Es evidente que en este nivel de generalidad, la noción no designa un conocimiento, sino un objeto a ser conocido, el cual, sin embargo, es susceptible de ser progresivamente determinado con más precisión. Así, en el ejemplo de Marx, la población de un país remite a su división en clases, a su distribución en la ciudad, el campo y el mar, a las diversas ramas de la producción, a las exportaciones e importaciones, a la producción y consumo anual, a los precios de los bienes, etc.

Estas nuevas representaciones también son abstractas, aunque sean más precisas, porque determinan analíticamente el contenido de la representación caótica inicial. Pero esa mayor precisión no basta para cambiar la línea de argumentación de Marx, quien añade que:

Estas últimas (las clases) a su vez, son una expresión vacía si desconozco los elementos sobre los cuales ellas reposan, a saber, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos últimos presuponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc. El capital, por ejemplo, nada es sin el valor, el dinero, el precio, etc. (Ibíd.: 631).

Una expresión no puede ser simultáneamente caótica y vacía (o nula). La diferencia terminológica entre cualificar población como *representación caótica* y las clases como *expresión vacía* (o del capital como no siendo *nada*) señala una diferencia de estatuto teórico. *Población* tiene un contenido, aunque oscuro; *clases* y *capital* no lo tienen. Claro que estas cualificaciones negativas son condicionales: ellas no se aplican a los términos en sí mismos, sino a la posición y al modo en que ellos se presentan en la apropiación cognitiva del mundo. No se puede comenzar la ciencia por la representación oscura, ni tampoco considerar aisladamente un concepto, separándolo del sistema teórico en que él se inscribe.

Pero estas aclaraciones no permiten comprender porque es falso el camino que, a partir de una representación caótica, conduce de la población

a las clases, de estas al valor, el dinero, el precio, etc., hasta llegar a la identificación de los conceptos y relaciones cuya articulación constituye la trama de la teoría científica. Es lo que se constata indirectamente en la secuencia del argumento, cuando Marx nota que ha sido este el camino seguido por la economía en su génesis histórica:

los economistas del siglo XVII, (...) siempre comienzan por una totalidad viva (lebendigen Ganzen)-población, nación, Estado y varios Estados, etc., pero siempre terminan por algunas relaciones determinantes abstractas, generales (bestimmende abstrakte, allgemeine Beziehungen) –división del trabajo, dinero, valor, etc.– que ellos descubrieron por análisis (Ibíd.: 632).

Población, nación, Estado denotan (caóticamente) un todo vivo. El hecho de que los primeros economistas hayan *siempre* comenzado por tales representaciones muestra sin embargo que el camino que ellos han seguido estaba condicionado por la obscuridad de la representación del todo vivo del cual tenían de partir. Si es bueno el viejo adagio jurídico romano *impossibile nulla est obligatio*, si no había otra manera de avanzar en el conocimiento, entonces no hay porque hablar de falsedad en un camino inevitable, que a partir de nociones oscuras ha llegado por el análisis a ideas claras y distintas, a saber al descubrimiento de las relaciones abstractas, generales, que articulan conceptualmente la teoría económica. Parece pues evidente que son los resultados del camino “falso” los que han permitido llegar al método científicamente correcto:

Tan pronto estos aspectos individuales aislados (división del trabajo, dinero, valor), se encuentran más o menos abstraídos y fijos, los sistemas económicos comenzaron a elevarse (aufsteigen), a partir de los elementos simples, el trabajo, la división del trabajo, las necesidades), el valor de cambio, hasta el Estado, los intercambios entre las naciones y el mercado mundial. Es evidente que el último camino es el método científicamente correcto (Ibíd.: 632).

No es fácil comprender el argumento de Marx. El segundo camino presupone el primero. Este parte de las representaciones del lenguaje corriente para forjar herramientas analíticas; aquel parte de tales herramientas para elevarse a los sistemas económicos. ¿Por qué entonces sería falso el primer camino? Porque, como Marx reitera una vez más, en él “la representación

toda se desvanece en determinación abstracta”, al paso que en el segundo, “las determinaciones abstractas conducen a la reproducción del concreto por el camino del pensamiento” (Ibíd.: 632). Pero como también es cierto que sin hacer desvanecer el todo vivo inicial, no llegaríamos a las determinaciones abstractas indispensables a la reproducción del concreto, parece imponerse la conclusión de que Marx segmenta artificialmente la historia de la formación de la teoría económica, presentando como dos caminos (uno que termina, otro que comienza en las “determinaciones abstractas”) los tres momentos de un mismo proceso.

Explicar la dificultad de un texto invocando el argumento del borrador puede ser una manifestación de pereza intelectual. Basta, sin embargo, un rápido ejercicio de introspección para percibir la diferencia entre escribir anotaciones y preparar un texto destinado a la publicación. Es verdad que la “Introducción de 1857” no es exactamente ni uno ni el otro. Marx inicialmente pretendía publicarla, pero abandonó la idea y dejó el texto inconcluso. Hay pues que considerarlo cum grano salis, ni como mero borrador, ni como texto publicado. En este espíritu nos contentamos, por ahora, con dos constataciones. (1) Contrariamente a lo que sugiere el argumento inicial del “Método de la economía política”, si hay un error a señalar en partir del primer camino, que en verdad constituye el primer momento de un solo proceso, él no está en los primeros economistas. (2) Probablemente Marx entendía que el error estaba en partir de la representación obscura de un todo vivo en el siglo XIX, cuando los elementos simples, identificados por el análisis, ya habían permitido que los sistemas económicos se elevasen hacia el Estado, los intercambios entre las naciones y el mercado mundial. La gran tarea teórica que debía llevarse adelante en la segunda mitad del XIX era la crítica de la economía política, tal como Adam Smith la había desarrollado en el último tercio del siglo XVIII, seguido por David Ricardo y otros en las primeras décadas del XIX.

II. El horizonte ideológico del trabajo esclavo

Nos parece instructiva la comparación entre el camino inevitable seguido por los economistas del siglo XVII y las conocidas observaciones de la sección 3 del primer capítulo del *Capital* sobre el descubrimiento aristotélico de que la forma moneda de las mercancías resulta del desarrollo de la forma simple del valor ($xMa=yMb$). Marx celebra “el brillo del genio de Aristóteles” por descubrir en la expresión del valor de las mercancías una relación de igualdad. El argumento considerado genial está en el libro V de la *Ética a Nicómaco*. Sólo se cambia lo que cualitativamente diferente. Es útil para un

arquitecto cambiar el producto de su trabajo por el del zapatero, para un médico por el de un agricultor. El cambio de productos supone alguna igualdad subyacente a la diferencia que le hace útil.

Las equivalencias “cinco lechos=1 casa”; “cinco lechos (o 1 casa)=diez minas¹” suponen que haya un soporte común que confiera conmensurabilidad a sus términos, cualitativamente distintos (Aristóteles, 1960: 1133b23-26)². Pero no hay, según él, ninguna substancia que pueda servir de soporte común para la equivalencia del valor de las mercancías. Es por convención (*ex hypotheseos*) que la moneda ejerce la función de medir todas las cosas (Aristóteles, 1960: 1133b21). Un argumento etimológico, frecuente en la retórica de los helenos, corrobora esta conclusión: “moneda (*nómisma*) viene de ley (*nómos*)” (Ibíd.: 1133 a 30-31).

Marx explica en seguida que Aristóteles no podía percatarse de que “bajo la forma de los valores mercantiles todos los trabajos se expresan como trabajo humano igual, y por tanto como equivalentes”, porque

la sociedad griega se fundaba en el trabajo esclavo y por consiguiente su base natural era la desigualdad de los hombres y de sus fuerzas de trabajo. El secreto de la expresión de valor, la igualdad y la validez igual de todos los trabajos [...] sólo podía ser descifrado cuando el concepto de la igualdad humana poseyera ya la firmeza de un prejuicio popular. Mas esto sólo es posible en una sociedad donde la forma de mercancía es la forma general que adopta el producto del trabajo, y donde, por consiguiente, la relación entre unos y otros hombres como poseedores de mercancías se ha convertido, asimismo, en la relación social dominante (Marx, 1887: 39-40)³.

El condicionamiento ideológico del análisis aristotélico se expresa aquí de modo negativo: la incapacidad de descifrar el secreto de la expresión de valor no proviene de una representación caótica, sino de la imposibilidad de representar lo que no se manifiesta en el horizonte histórico de una sociedad en la cual el trabajo esclavo constituía la relación de producción predominante. El condicionamiento ideológico del pensamiento es un fenómeno general. Conformarse con constatarlo es tan trivial cuanto anunciar el “fin de las ideologías”. Lo que aquí nos importa subrayar es que la celebración, por parte de Marx, de la genialidad de los descubrimientos teóricos de Aristóteles constituye, “ipso facto”, el reconocimiento de que las barreras ideológicas no son opacas ni impermeables. Aunque haya permanecido congelada por dos milenios, la exigencia de una igualdad para la expresión de valor, señalada

por Aristóteles constituye una pieza preciosa del tesoro de ideas legadas a la posteridad.

Es, pues indispensable distinguir, en el campo históricamente determinado de la ideología, las ideas que son mero reflejo de la ideología dominante y las que, aunque limitadas por el horizonte de una época determinada, abren brechas al conocimiento. La esclavitud impedía Aristóteles reconocer que la cantidad de trabajo contenida en cada producto constituye la base substancial de la igualdad de valor. Pero por otro lado, sería una simplificación suponer que el reconocimiento de la igualdad haya ejercido efectos automáticos sobre la teoría económica. Las relaciones entre ideología y ciencia, reconocidamente muy complejas, no corresponden a esquemas lineares de antecedente a consecuente.

En las sociedades europeas del siglo XVII el trabajo esclavo era residual, pero no en sus colonias, donde constituía el modo ampliamente dominante de la producción de riquezas. Además, las inmensas ganancias propiciadas por el tráfico de africanos para las plantaciones coloniales del Nuevo Mundo han acelerado la acumulación del capital mercantil en las metrópolis. La esclavitud ha seguido, pues, estando presente en el horizonte ideológico europeo hasta el fin del siglo XVIII, cuando el principio de la igualdad humana había sido reconocido por los pensadores de la Ilustración y por las fuerzas políticas más avanzadas.

El primer y rudimentario esbozo de la teoría del valor-trabajo, abriendo una brecha en la muralla de la ideología esclavista, se remonta a William Petty (1623-1687)⁴, contemporáneo de la colosal acumulación de riqueza monetaria propiciada por el tráfico de esclavos, ampliamente dominado por Inglaterra desde el siglo XVII. En su historia del análisis económico, Joseph Schumpeter presenta el aporte de Petty en el tópico inicial ("Political arithmetick") del capítulo 4, "The econometricians and Turgot". Su evaluación es elogiosa, pero no exenta de comentarios irónicos, por ejemplo a propósito de la frase "repetida ad nauseam": "el trabajo es el padre y la tierra la madre de la riqueza". Eso significa "que él (Petty) ha puesto en pie los dos «factores originarios de la producción», como dirán los teóricos posteriores" (Schumpeter, 1954: 213-214). Lo califica en seguida de "ilógico", porque "abandona la madre", al declarar que el capital "es el producto del trabajo pasado" (Ibíd.: 214). A diferencia del interés teórico de Schumpeter, que es la construcción histórica de los conceptos económicos, nos importa menos la "aritmética política" de Petty y su dificultad para explicar la renta de la tierra en relación al tipo de interés que el significado ideológico de su formulación pionera de la teoría del valor-trabajo.

Un siglo después, los capitalistas ingleses seguían sacando beneficios opulentos del tráfico de esclavos. Pero el cambio ideológico correspondiente a las revoluciones burguesas del siglo XVII había favorecido el progreso de la idea de igualdad (aunque mucho más a la de libertad). Con la publicación de *The Wealth of Nations* (1776) de Adam Smith, el principio de que todos los trabajos se expresan como trabajo humano igual adquirió su estatuto teórico en la economía política burguesa. La adopción de este principio por Adam Smith correspondió no solamente a una motivación teórica (determinar el fundamento de la relación de igualdad en la expresión del valor de las mercancías) pero también, para este representante del “Scottish Enlightenment”, a una opción filosófica y moral.

Estas ideas han sido llevadas hasta sus más hondas consecuencias después que una insurrección de los “*sans-culotte*”, en el 2 de junio de 1793, rompiera los límites monárquico-liberales de la Revolución francesa de 1789, permitiendo a la llamada Montaña (que agrupaba los diputados jacobinos) tomar el control de la Convención Nacional. El 24 de junio, ella promulgó una nueva Constitución, precedida por una también nueva Declaración de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre y del ciudadano. Marcando una inflexión democrática con respecto a la Declaración de 1789 y a la Constitución de 1791 que, manteniéndose en el ámbito de las instituciones liberales inglesas caras a Montesquieu, habían colocado la libertad en la cúpula de los valores ético-jurídicos, el texto constitucional de 1793 ha atribuido a la igualdad esta posición eminente.

Mientras tanto, al influjo de la dinámica revolucionaria en la metrópoli, los esclavos de las colonias francesas del Caribe se rebelaron. Los comisarios enviados de París en 1792 apoyaron la causa de los negros, pero los colonos dueños de plantaciones resistieron; en 1793, después de la ejecución de Luis XVI, ellos pudieron contar con el apoyo de Inglaterra y España, en guerra contra la República Francesa. En 21 de junio de 1793, los comisarios republicanos Polverel y Sonthonax ofrecieron la libertad a todos los negros que luchasen contra la coligación de los reyes y de los plantadores esclavistas. Los esclavos se lanzaron con pasión al combate libertador. Fiel al compromiso de sus comisarios, la Convención Nacional ha decretado en el 16 pluviose an II, es decir, el 4 febrero de 1794, la abolición de la esclavitud en todas las colonias francesas. Una fecha memorable en la lucha por la construcción histórica de la idea de humanidad. Pero luego en seguida, con la caída de Robespierre y el descenso de la Revolución, la emancipación ha sido interrumpida y después anulada, a excepción de Haití, donde Toussaint Louverture y después Jean-Jacques Dessalines comandaron la resistencia

de los negros haitianos, que han sido el primer pueblo de esclavos a conquistar la independencia, proclamada el 1º enero de 1804. En el resto del mundo colonial, una larga y cruel lucha entre abolicionistas y esclavizadores proseguiría hasta el final del siglo XIX: en Brasil, la esclavitud no fue abolida sino en 1888.

Marx es pues algo optimista al suponer que en el momento del desdramatamiento de la expresión de valor, el concepto de la igualdad humana ya había adquirido "la firmeza de un prejuicio popular". Todavía hoy el veneno del racismo, que implica la tesis de la desigualdad entre los humanos, contamina parcela importante (y en algunos países, creciente) de la población. Racismo y colonialismo no se confunden, pero son integrantes complementarios del síndrome reaccionario de nuestra época. El consenso mayoritario que considera la esclavitud abominable es históricamente muy reciente. Inglaterra, paradigma de las instituciones liberales, sólo prohibió el tráfico negrero en el primer cuarto del siglo XIX y Francia no abolida la esclavitud en sus colonias hasta mediados del mismo siglo. Pero si el tráfico negrero ha sido efectivamente erradicado, la esclavitud, eufemísticamente rotulada de trabajo forzado, ha persistido en las colonias europeas hasta la victoria de la luchas de liberación nacional en la segunda mitad del siglo pasado.

Es digno de nota un comentario de Jules Barthélemy-Saint-Hilaire, que además de filósofo erudito, ha desempeñado, entre otras altas funciones políticas, la de ministro de Relaciones Exteriores de la III República Francesa, en el que se refiere a la proximidad ideológica del racismo y el colonialismo en relación al esclavismo. En su traducción de la *Política* de Aristóteles, refiriéndose a la laboriosa búsqueda de un criterio para distinguir entre los esclavos *por naturaleza* y los esclavos *por ley* (Aristóteles, 1960: 1254a16-1255b30), observa que:

La naturaleza (...) ha servido mucho mejor a los señores modernos que a los antiguos. El color de la piel es una señal en relación a la cual nadie puede engañarse y que ofrece en la mejor parte del Nuevo Mundo el criterio infalible (cuya falta) Aristóteles parece lamentar (...) (Barthélemy-Saint-Hilaire, 1874: 17, nota 4).

No está demás añadir que en la condición de ministro de Relaciones Exteriores, Saint-Hilaire organizó la conquista de Túnez, etapa importante de la formación del imperio colonial francés. El criterio racista del color de la piel ha sido funcional para determinar no solamente los pueblos susceptibles de

ser esclavizados, pero también los que podrían ser colonizados.

En lo que concierne el condicionamiento ideológico de la teoría del valor-trabajo, el efecto de las relaciones económicas objetivas ha sido más convincente que el reconocimiento de la igualdad humana. En sociedades donde la riqueza producida por el trabajo asume la forma general de mercancía, y donde, por consiguiente, los hombres se relacionan predominantemente entre ellos como poseedores de mercancías, comenzando por la mercancía fuerza de trabajo, el principio de la igual validez de todos los trabajos se imponía al cálculo económico de los capitalistas.

III. La solución de Althusser

Es notoria la importancia del concepto de “práctica teórica” en la intervención de 1965, si designamos por esa fórmula el conjunto de las tesis de *Pour Marx* y *Lire le Capital*, los dos libros de Althusser (el segundo con contribuciones del grupo reunido por él en seminario sobre *El capital* en la École Normale Supérieure de Paris) publicados en aquel año. Vale subrayar que esas obras han introducido un nuevo modo de analizar y comprender el legado de Marx. Sin duda, no se pueden olvidar las revisiones autocríticas posteriormente efectuadas, principalmente por Althusser y Étienne Balibar a respecto de algunas de las principales tesis sustentadas en 1965. Pero no todas las autocríticas configuran un avance teórico: lo que es una razón suficiente para estudiar una tesis original y innovadora en y por sí misma, en su consistencia propia. Por supuesto, eso no significa que debamos desinteresarnos por las razones que llevan un autor de la envergadura de Althusser a cambiar de posición.

Vale, en ese sentido, referir un pasaje del discurso de despedida a cargo de Balibar, el 25 de octubre de 1990, en el funeral de Louis Althusser (muerto tres días antes, el 22 de octubre). Sintetizando el legado teórico de su maestro y amigo, Balibar afirmó que él había dejado “al menos un gran libro (...), *Pour Marx* y que tres tesis podrían resumir la contribución del conjunto de sus escritos: (1) «hay un corte epistemológico»; (2) «hay lucha de clases en la teoría»; (3) «hay aparatos ideológicos de Estado»” (Balibar, 1991: 121-122)⁵. Las tesis (2) y (3) implican el abandono, no exactamente del concepto de “práctica teórica”, sino la pretensión de hacer de este concepto la definición misma de la filosofía (=teoría de la práctica teórica). En efecto esta definición ha sido abandonada en los años setenta, cuando Althusser pasó a entender por filosofía la “lucha de clases en la teoría”, subrayando que el trabajo teórico está penetrado por los intereses y las contradicciones de clase,

que se expresan en la confrontación de las posiciones filosóficas básicas, el idealismo y el materialismo. Sin entrar en el mérito de la nueva definición, nos parece incontestable (y hasta trivial) que las ideas (las filosóficas y las otras) sufren un condicionamiento histórico-ideológico. Lo que no implica aceptar alguna modalidad de reduccionismo: las cuestiones teóricas deben ser discutidas en su consistencia propia, antes de remitirlas a las condiciones extra teóricas en las que fueron formuladas.

Considerado en sí y por sí, el concepto de práctica teórica, al cual Althusser le ha consagrado el tercer tópico de “Sur la dialectique matérialiste”, está explícitamente inspirado, desde su epígrafe, en el análisis del texto de Marx que hemos comentado aquí. El pasaje citado en epígrafe (Althusser, 1965a: 186) expone sintéticamente el modo por el cual el pensamiento produce el conocimiento:

la totalidad concreta, como totalidad de pensamiento, como un concreto de pensamiento, es “in fact” un producto del pensamiento y de la concepción, pero de ninguna manera es un producto del concepto que piensa y se engendra a sí mismo, desde fuera y por encima de la intuición y de la representación, sino que, por el contrario, es un producto del trabajo de abstracción que transforma intuiciones y representaciones en conceptos (Marx, 1969: 632).

No es difícil percibir a quien se estaba refiriendo Marx al señalar que el concreto de pensamiento “no es un producto del concepto que piensa y se engendra a sí mismo, desde fuera y por encima de la intuición (*Anschauung*) y de la representación”. En efecto, veremos adelante que, en el esencial, el contenido crítico de su argumentación está dirigido contra Hegel. Pero antes tenemos que presentar sintéticamente la fundamentación analítica del concepto de práctica teórica tal como la expone Althusser. Él subsume en la noción de “*généralité*” las abstracciones del discurso teórico analizadas por Marx, distinguiendo con números romanos los tres momentos funcionalmente articulados de la producción del conocimiento científico: la Generalidad I, la Generalidad II y la Generalidad III. Esas tres generalidades corresponden a los elementos constitutivos del trabajo teórico: la materia prima, los instrumentos, el conocimiento producido.

La Generalidad I, que coincide con la *Vorstellung* y la *Anschauung*, constituye la materia prima del trabajo teórico; la Generalidad III es el producto, a saber el conocimiento. Althusser esclarece desde luego que:

si el empleo de conceptos generales (ejemplos: los conceptos “producción”, “trabajo”, “cambio”) (...) es indispensable a la práctica teórica científica, esta primera generalidad no coincide con el producto del trabajo científico: ella no es su resultado pero su prerequisite (Althusser, 1965a:187).

Sólo después de presentar las generalidades I y III Althusser se refiere a la Generalidad II: “Es pues transformando esta Generalidad I en Generalidad III (conocimiento) que la ciencia trabaja y produce” (Ibíd). No le escapa la prosopopeya: la teoría científica es un universal abstracto que no trabaja ni produce. Por eso pregunta “¿Quién trabaja? ¿Que entender por la expresión: la ciencia trabaja?”. Pero en vez de contestar, hace una nueva pregunta: “¿Cual es, en la práctica teórica de la ciencia, el momento, nivel, instancia, correspondiente a los medios de producción? Para responder, propone “hacer provisoriamente abstracción de los hombres” (Ibíd.: 188). Sus lectores habituales bien saben que cuando dice “provisorio”, entiende “sine die”. No dice “los hombres producen” probablemente porque eso llevaría a corroborar la metafísica humanista, haciendo del hombre un sujeto meta-histórico.

Pero aunque hagamos abstracción de los hombres, nos deparamos con dos otras diferencias del esquema de las generalidades relativamente al concepto marxista de proceso de producción, las cuales, quizás, no provengan de un mero equívoco terminológico. Primera diferencia: Althusser restringe los medios de producción a los instrumentos⁶ del trabajo teórico: la generalidad II, “momento, nivel, instancia, correspondiente a los medios de producción” es formada “por el cuerpo de conceptos cuya unidad más o menos contradictoria constituye la ‘teoría’ de la ciencia en el momento (histórico) considerado” (Althusser, 1965a: 188). Segunda diferencia: la materia prima es identificada a la Generalidad I, aunque sea, evidentemente, un componente esencial de los medios de producción material.

Postulando una articulación funcional entre las tres generalidades, Althusser escamotea el problema de interpretación planteado por la paradoja de los dos caminos. Al reproducir en una nota el texto de Marx (1969: 631-632), él interrumpe con sintomáticos puntos suspensivos el pasaje citado:

Es que parece cierto comenzar por lo real y por lo concreto... Pero a una consideración más precisa, eso se revela falso... Es evidente que el último camino (el de los sistemas económicos que van de las nociones generales a las nociones concretas) es el método científicamente correcto (Althusser, 1965a: 189, nota 24).

El lector que no consulte el texto original de Marx no sabrá porqué este considera falso (“*une erreur*” en la traducción francesa) comenzar por lo real y por lo concreto, ni por consiguiente le parecerá sorprendente que la alegada “falsedad” del primer camino conduzca a la producción de las herramientas teóricas que constituyen el cuerpo de conceptos de la Generalidad II. Ese punto es crucial: la capacidad de producir herramientas presupone la representación paradigmática en el cerebro del productor de la función útil que él debe imprimir al material (piedra, madera hueso, para citar las más antiguas de la historia de la técnica). Esa representación caracteriza la forma propiamente humana del trabajo, como explica Marx en un pasaje célebre:

Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un arquitecto. Pero lo que distingue ventajosamente al peor arquitecto de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera (Marx, 1887: 174).

La forma específicamente humana del trabajo consiste tanto en construir herramientas, cuanto en utilizar-las para fabricar productos finales, aquellas estando teleológicamente articuladas con estas. Antes de transformar la Generalidad I en Generalidad III, las herramientas de producción teórica que componen la Generalidad II en el esquema de Althusser deben ser construidas por el trabajo analítico efectuado en la Generalidad I. ¿Quién se ha encargado de ese trabajo? Los economistas del siglo XVII, y bien antes de ellos, Aristóteles, en los ejemplos de Marx que hemos comentado. Volvemos así al problema inicial, acrecido de la constatación de que la estructura de la práctica teórica, tal como la presenta Althusser, no corresponde a la de la producción material, tal como la entiende Marx.

No conviene sobrestimar la importancia filosófica de esa asimetría estructural, aunque ella haya llevado Althusser a forzar la letra del “Método de la economía política” al escribir que Marx declara “que la materia prima de una ciencia existe siempre bajo la forma de una generalidad dada (Generalidad I)” (Althusser, 1965a: 194). Marx no ha jamás dicho eso: la expresión “materia prima” aparece una sola vez en *La introducción de 1857*, pero no en “El método de la economía política”, sino en el tópico anterior (el segundo: “La relación general de la producción con la distribución, el cambio y el consumo”). Pero si lo hubiera dicho, él también debería explicar que antes de servir como materia prima de la producción teórica, las intuiciones y representaciones

constituyen el acervo léxico de cada idioma, que resulta de la práctica social. No basta clasificarlas como ideológicas. Ellas cristalizan el pensamiento social acumulado en cada momento histórico y proporcionan al conocimiento el acervo de ideas que constituyen los materiales sobre los cuales opera el trabajo de la teoría.

Sin embargo, Althusser tenía razón, desde su punto de vista, en no interesarse mucho por las dificultades hermenéuticas del texto de Marx. Lo que le importaba era apoyarse en ese texto para reconstruir los fundamentos filosóficos del trabajo teórico marxista contra la deriva empirista predominante, para la cual “un concepto científico es producido exactamente como el concepto general de fruto «sería» producido por una abstracción operando sobre frutos concretos” (Althusser, 1965a: 194). Poniendo «sería» entre comillas, él indica que los conceptos no se forman de esa manera, sino que resultan de un “proceso complejo de elaboración” integrando “varias prácticas concretas distintas de niveles diferentes (...)”; así el concepto de una fruta es “el producto de prácticas distintas, alimentares, agrícolas, si no mágicas, religiosas y ideológicas” (Ibíd.: 194-195).

El aspecto más notable de esa crítica del empirismo está que ella se dirige a los dos grandes filósofos bajo cuya influencia se formó el joven Marx: Hegel y Feuerbach. Aquí, la interpretación de Althusser es plenamente consistente con el argumento del “método de la economía política” según el cual “Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se concentra en sí mismo, profundiza en sí mismo y se mueve por sí mismo”. Cayó en esta ilusión porque, volatilizandando la representación del todo vivo en determinaciones abstractas, ha considerado que la síntesis de estas determinaciones por el camino del pensamiento *produce* el concreto, cuando en realidad, ella solamente lo *reproduce*: “el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento sólo la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual. Pero esto no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo” (Marx, 1969: 632). En efecto, no se debe confundir “*dos concretos diferentes*: el *concreto-de-pensamiento* que es un conocimiento y el *concreto-realidad* que es su objeto” (Althusser, 1965a: 189).

Los hegelianos se reconocerían perfectamente en la fórmula “el concreto es concreto porque es la síntesis (*Zusammenfassung*) de múltiples determinaciones”, pero no tanto en la ilación que sigue: “por lo tanto (*also*), unidad de lo diverso (*Einheit des Mannigfaltigen*)” (Ibíd.: 632). La diversidad material puede articularse y combinarse en las situaciones concretas, pero esa unidad no será la de un concepto. El concreto aparece en el pensamiento

como resultado de la síntesis, “no como punto de partida (*Ausgangspunkt*), aunque sea el verdadero punto de partida, (...) también de la intuición y de la representación” (Ibíd.: 632). Ese punto es central y decisivo para la posición filosófica materialista y la concepción histórico-materialista de la abstracción:

El todo, tal como aparece en la cabeza como todo de pensamiento, es un producto de la cabeza pensante, que se apropia del mundo del único modo que le es posible, modo que difiere de la apropiación artística, religiosa, práctico-espiritual de ese mundo (Ibíd.: 632-633).

Comentando este pasaje en *Lire le capital*, Althusser señala el “misterio” del concepto de apropiación (*Aneignung*), que designa “la esencia de una relación fundamental, de la cual el conocimiento, el arte, la religión y la actividad práctico-espiritual (...) aparecen como los varios modos (*Weise*) distintos y específicos (Althusser, 1965b: 68). No es fácil, en efecto, definir el género unificador de las diversas modalidades de apropiación del mundo referidas en el texto. Pero la ausencia en la lista de las actividades productivas y corporales sugiere que se trata de la apropiación mental del mundo por medio de toda clase de representaciones. Althusser extrae del texto dos conclusiones: (1) el énfasis en la especificidad del modo de apropiación teórica del mundo; (2) la relación directa de la producción de conocimientos con el mundo real (Ibíd.: 68).

Podemos concluir: la paradoja de los dos caminos, contrariamente a lo que sugieren los primeros párrafos de la discusión del método de la economía política, no proviene de la historia de la formación del pensamiento económico. Los economistas del siglo XVII (y también los del XVIII) eran empiristas *stricto sensu*; sus ilusiones ideológicas permanecían en el horizonte del pragmatismo burgués: el padre y la madre de la riqueza, la “mano invisible” del mercado, los factores eternos de la producción, etc., analizaran el todo vivo sin caer en la ilusión de suponer que “el movimiento de las categorías es un acto efectivamente real de producción” (Marx, 1969: 632). No eran hegelianos; volaban bajo, sus ilusiones eran más prosaicas.

Notas

¹ La mina (*mnã*) era una moneda que valía 100 dracmas. Probablemente por citar de memoria este texto, Marx no se refiere a las diez minas; escribe “so much money” (Marx, 1887: 39); en alemán “soundso viel Geld”.

² Las citas de Aristóteles obedecen a la referencia académica internacional: la edición E. Bekker de 1831, de la Academia Regia Borusica. Utilizamos la reedición de Olof Gigon, Berolini, apud W. de Gruyter et socios, 1960.

³ Remitimos a la traducción inglesa de Samuel Moore y Edward Aveling, editada por Frederick Engels, Londres: Lawrence and Wishart, 1887; ella ha sido varias veces reimpressa en la URSS, a partir de 1954 por la Progress Publishers, Moscú.

⁴ Las principales obras de Petty son: *Treatise of Taxes and Contributions* (1662), *Verbum Sapienti* (1665), *Political arithmetick* (1676) et *Quantulumcunque concerning money* (1682). Las fechas indican cuando cada obra ha sido escrita.

⁵ El discurso de despedida ha sido publicado más tarde, con el título “Adieu”, en *Écrits pour Althusser* (La Découverte, Paris, 1991), que reúne cuatro textos de Balibar.

⁶ Aunque en el presente trabajo no se imponga la distinción entre *instrumento* y *herramienta*, vale aclarar que el primer término es más genérico, designando todo los objetos que sirven de medio para alcanzar un fin útil. Todo instrumento *sirve para*, pero diferentemente del mero instrumento, disponible en la situación biológica inmediata, la herramienta es *producida* para satisfacer los fines del productor.

Referencias

Althusser, Louis (1965a) *Pour Marx*, Paris: Maspero.

----- (1965b) *Lire le capital*, Paris: Maspero.

Aristóteles (1960 [1833]) *Aristotelis Opera*, Berlin: W. de Gruyter et socios.

Balibar, Étienne (1991) *Écrits pour Althusser*, Paris: La Découverte.

Barthélemy-Saint-Hilaire, Jules (1874) *La politique d'Aristote*, Paris: Ladrangé (3^a édition, revue et corrigée).

Marx, Karl (1887) *Capital. A Critique of Political Economy Book One: The Process of Production of Capital*, London: Lawrence and Wishart.

Marx, Karl (1969) *Einleitung zur kritik der politischen ökonomie*, In *Karl Marx-Friedrich Engels Werke*, Band 13, Berlin Dietz Verlag.

Schumpeter, Joseph (1954) *History of economic analysis*, London: George Allen and Unwin LTD

JOÃO QUARTIM DE MORAES

jqmoraes@gmail.com

Es profesor colaborador en Unicamp e investigador de CNPq, se especializa en historia del pensamiento político, instituciones brasileras, materialismo antiguo y moderno, y marxismo. Es autor de diversos libros y artículos, en Brasil y en Europa. Graduado en Ciencias Jurídicas y Sociales, graduado en Filosofía y licenciado en Filosofía por la Universidad, todos los títulos obtenidos en la Universidade de São Paulo (1964). Se doctoró (Doctorat D'État en Science Politique) en la Fondation Nationale de Science Politique da Academia de Paris (1982). Fue profesor titular de la Universidade Estadual de Campinas de 1982 a 2005. Luego retomó las actividades docentes en condición de profesor colaborador voluntario en la misma Universidad.

